

Gerhart LOHFINK, *Ahora entiendo la Biblia. Crítica de las formas*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1977, 253 pp., 13 × 20,5.

El autor trata de allanar las dificultades que la Biblia puede tener para el lector medio. Para ello adopta un estilo pedagógico que se acompaña de numerosos dibujos e ilustraciones, a veces con carácter de auténticos "comics". El título expresa ya la intención que se persigue: *Jetzt verstehe ich die Bibel*. Esto es lo que habría de decir el lector al terminar de leer este libro. Aunque me temo que no lo diga.

Después de una breve introducción, en el capítulo primero nos habla el A. de "Las formas estereotipadas en la vida cotidiana y en la literatura". En el siguiente se pregunta "¿Qué es la crítica de las formas?". El tercer capítulo habla de "Las formas estereotipadas de la Biblia". Termina con una serie de ejercicios prácticos bajo el título de "Cómo leer las formas bíblicas", que constituye el cuarto y último capítulo.

Inicia el autor su obra con un diálogo entre una madre y su hijo sobre dónde está el Cielo. La respuesta es correcta y tiene visos de una cierta vulgarización teológica. De todos modos, lo que se intenta es que los padres y maestros estén preparados y puedan dar respuestas adecuadas a las preguntas que a veces pueden hacer los niños.

Así se pregunta el A.: "¿Qué hará ella (la mamá de antes) cuando un buen día el hijo le pida explicaciones sobre cómo el ángel Gabriel bajó del cielo con un mensaje para María? ¿Qué responderá cuando el niño le suelte toda clase de preguntas sobre la narración...?". Viene a concluir que "la mayoría de los padres no están preparados para esta labor" (p. 10-11).

Para responder adecuadamente es preciso —dice nuestro autor— que los padres se *rementalicen* (cfr. p. 11). No se puede remediar de la noche a la mañana —nos dice— el que se sepa discernir "lo que es una forma externa de presentar o representar el mensaje y lo que constituye una afirmación teológica" (p. 11). Para ello es preciso que se tenga un "conocimiento de las imágenes y formas de presentación de la Biblia y, por lo menos, algún atisbo de lo que la moderna ciencia entiende por crítica de las formas. A este conocimiento pretende ayudar la presente obra. Intenta demostrar que la crítica de las formas no es una ciencia oculta y esotérica, reservada a los grandes especialistas en la exégesis bí-

blica, y que el conocimiento de esta crítica de las formas no es lujo, sino una necesidad vital e insoslayable para el cristiano" (p. 11-12). Ciertamente no se puede entender la Biblia, ni ningún otro libro, si el lector no sabe distinguir cuándo el texto que lee expone un ejemplo, o narra un hecho realmente acaecido. Así sería absurdo intentar saber cuál era el nombre del hijo pródigo, como si la parábola que refiere el Señor fuera un relato histórico.

Esto supuesto, pasa nuestro A. a presentar las formas estereotipadas que se dan en la vida cotidiana y en la literatura, con ejemplos tan curiosos como una receta de cocina o una esquila funeraria. Son preliminares que el mismo A. califica de "prolijos" (p. 39), pero que le permiten presentar una definición del método que propugna con el nombre de "crítica de las formas" que "consiste simplemente en el descubrimiento y descripción de las manifestaciones orales o escritas que han pasado en formas fijas, estereotipadas, al lenguaje corriente y a la literatura, y en la determinación de su intención literaria y de su contexto histórico-existencial (Sitz im Leben)" (p. 39).

Hay que reconocer que hay momentos en los que el buen humor del A. logra provocar la risa o por lo menos la sonrisa. Lo cual es, sin duda, un mérito por su parte. Así cuando pone el siguiente ejemplo, acompañado por dos viñetas dignas de un buen humorista como debe ser Sieger Koder que las hizo: "Una persona dice a otra: 'Te quiero'. ¿Qué género de lenguaje es este? Si se tratara de una simple información, sería completamente natural que la otra anotara el dato objetiva e imparcialmente diciendo algo así como 'Está bien, tomo nota'. Pero ¿y si la intención literaria no es informar, sino profesar y confesar un sentimiento, un sentimiento por cierto de suma densidad e importancia? Entonces la respuesta 'Está bien, tomo nota', que suena a acuso de recibo y entrega de resguardo, sería una respuesta terrible" (p. 51).

En definitiva se trata de descubrir la intención del autor inspirado a través sobre todo de la forma literaria empleada. Con ello se sitúa en la línea de M. Dibelius al que admira y parece aceptar sin reservas.

De todos modos las conclusiones a las que a menudo llega sí que han de recibirse con serias reservas. Fijémonos en el relato de la Anunciación al que ya se ha referido en el ejemplo inicial que presenta el libro. Comienza por decir que los detalles que se refieren "apenas si tienen una concreción histórica" (p. 164). Así por ejemplo lo del sexto mes no es otra cosa que un modo

“de vincular la prehistoria de Jesús con la de Juan” (p. 165). Sin embargo, el texto evangélico contradice al A. en cuanto a lo de carecer de concreción histórica. En efecto, el evangelista habla no sólo del sexto mes de la gestación del Bautista (Lc 1, 36), sino que además dice que “María se quedó con ella unos tres meses y volvió a su casa” (Lc 1, 56). Es decir, la Virgen esperó a que se cumplieran los nueve meses del embarazo e Isabel diera a luz. Luego, una vez pasado el trance, se volvió a su casa. A través de diversos ejemplos viene a concluir que el relato de la Anunciación es una forma estereotipada que se usa para transmitir unas verdades teológicas pero carente de valor histórico. De aquí —dice— que “se nos cierran todas las posibilidades de responder a base de la narración a ciertas preguntas de tenor histórico que podemos hacernos. La pregunta, por ejemplo, de si María tuvo o dejó de tener una vivencia sobrenatural, una revelación. Evidentemente, pudo haber tenido, pudo haber sido agraciada con una revelación. Pero no se podrá demostrar por el análisis de Lucas 1, 26-38. El género literario de esta narración no da pie a tales demostraciones” (p. 176).

Llevado de esa crítica acerca del relato de la Anunciación considera el A. como irreal no sólo la aparición del ángel, sino también el voto de virginidad al que Nuestra Señora alude con su respuesta al mensaje divino. Así, pues, afirma con toda soltura que este voto de virginidad con que “se ha interpretado de hecho durante siglos la pregunta que María dirigió sorprendida al ángel” es una hipótesis “completamente equivocada y hace mucho tiempo que la exégesis bíblica renunció a ella” (p. 177). Distingo: la exégesis bíblica racionalista y afines, sí, la exégesis católica, no. Las razones que se dan en pro de esa interpretación son poco serias. Por ejemplo, el decir que “semejante voto resulta inverosímil” en esa época. Que sepamos, al menos los esenios de Qumrán vivían célibes. El Bautista desde luego no tuvo mujer, San Pablo tampoco. Luego no es tan inverosímil hacer un voto de virginidad.

“Por más vueltas que se le dé al asunto, siempre resulta que, si el diálogo entre Gabriel y María discurrió como lo cuenta Lucas 1, nos quedamos sumergidos en dificultades insolubles”. Si no se admite la existencia de los ángeles ni la posibilidad de una intervención divina en la vida histórica del hombre, es decir, si no se admite lo sobrenatural, cierto que las dificultades son insolubles. Pero si se admite, esas dificultades resultan imaginarias. Y cualquier mamá del mundo sabrá decir a su hijo lo que ocu-

rrió en ese momento crucial, que cada día conmemoramos con el rezo del "Angelus".

El insistir en la historicidad de los hechos narrados no quiere decir que el contenido teológico y existencial se descuide o minusvalore. Al contrario, el valor histórico que fundamentan esas verdades de nuestra fe las avala y las hace más sólidas. Lo contrario, tiene un claro sabor a los viejos prejuicios modernistas que hacían incompatible historia y teología, símbolo y realidad.

Con respecto al cuarto evangelio hace unas consideraciones que tampoco se pueden admitir: "Detrás del cuarto evangelio y de la primera carta hay un gran teólogo, rodeado probablemente de discípulos, que hace hablar a Jesús su propio lenguaje" (p. 196). De esto resulta casi evidente que "*sermones, in eius Evangelio contenti, sunt meditationes theologicae circa mysterium salutis, historica veritate destitutae*" (EB, n. 207). Es decir, se está defendiendo la decimosexta proposición de los modernistas condenada por el Decreto "Lamentabili". Por otra parte, forzoso es reconocerlo, también los sinópticos nos refieren algunos discursos o palabras de Jesús en las que el tono de revelación se identifica con el referido en el IV Evangelio. Pensemos, por ejemplo, en Mt 11, 25, que tanto recuerda a San Juan.

Otro tema tratado de forma inadecuada es el referente al divorcio. Considera que el inciso "excepto en caso de concubinato" de Mt 5, 32 es "una añadidura de Mateo o de la tradición pre-mateana. Su sentido preciso sigue siendo controvertido en el día de hoy. En todo caso resulta seguro que esta cláusula, llamada 'inciso del concubinato' no procede de Jesús, pues falta en Marcos, en Lucas y en San Pablo" (p. 107). Sin embargo, ese "inciso del concubinato" lo trae San Mateo también en 19, 9; pasaje en el que no cabe toda esa interpretación de contexto hiperbólico y jurídico a que se refiere el A. al explicar Mt 5, 32 (cfr. p. 212-213). Además Lc 16, 18 habla con claridad de la unidad indisoluble del matrimonio: "Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio, y el que se casa con la repudiada por su marido, comete adulterio". Como se ve, es cierto que falta el "inciso del concubinato", esa excepción en la ley nueva de Jesús que prohíbe romper la unidad del matrimonio despidiendo a la mujer. Pero, como es evidente, el que no se ponga esa excepción del concubinato no sólo no deroga la indisolubilidad del matrimonio sino que la confirma al enunciar la ley en sentido absoluto y sin excepción alguna. Por tanto, la razón no tiene solidez alguna, sobre todo teniendo en cuenta todo el peso de la tradición, que ha basado en este texto la confirmación neotesta-

mentaria de la unidad indisoluble del matrimonio. El A. reconoce que "Jesús contrapone a la ley mosaica su propia doctrina. ¿Y cómo la contrapone? ¿Dictando una ley, que llamamos ley de la indisolubilidad del matrimonio? Así se entendió nuestro logión durante siglos: Jesús, legislador del Nuevo Testamento, dicta y establece la ley de la indisolubilidad del matrimonio" (p. 210). Viene a concluir que esa exigencia de Cristo es algo hiperbólico que hay que compaginar con la misericordia y el perdón: "Las leyes de la Iglesia han de ser también misericordiosas" (p. 216). Esto es, han de olvidar el bien de la prole y atender más bien al capricho y a las pasiones de quienes no quieren vivir todas las exigencias y renunciaciones del verdadero amor.

Dentro de la exposición se encuentran, ¿cómo no?, consideraciones acertadas y valiosas. Pero el tono adoptado, su enfoque del acceso a la S. E. y las conclusiones a que el A. llega, hacen esta obra poco seria y nada útil para el lector medio a que va destinada, que en lugar de aclarar sus dudas se verá abocado a una perplejidad mayor. Es conveniente tener en cuenta que el A., profesor de NT en Tubinga, ha sido el "consejero" en materias bíblicas de H. Küng para la redacción del libro "Christ sein". El librito que comentamos, a nivel de vulgarización, tiene el mismo tono demoledor que el grueso volumen de Küng.

Antonio GARCÍA-MORENO

Antonio SALAS, *La Infancia de Jesús (Mt 1-2) ¿historia o teología?*, Madrid, Editorial "Biblia y Fe" (Biblioteca Escuela Bíblica, 1), 1976, 250 pp., 15 x 21.

La Escuela Bíblica de Madrid inicia con este volumen una nueva colección de publicaciones referentes a la Sagrada Escritura. En la Introducción (p. 9-12) explica el A. el objetivo que persigue y que consiste en desentrañar el contenido teológico de los primeros capítulos del evangelio según San Mateo. Esa dimensión teológica no excluye la realidad de los hechos históricos que "vienen a ser como los cimientos sobre los que ancla el cristianismo su fe" (p. 12). Podemos afirmar que es en el binomio historia y teología donde el A. se desenvuelve, como ya el subtítulo indica. Hay que decir, sin embargo, que donde más se insiste es en la posible teología de estos capítulos sobre la infancia de Jesús.